

modaré de modo que sea rico. En fin, enséñale algo que le sirva para subsistir en su tierra y en la agena.

Diciendo esto se retiró, y yo me fui bien avergonzado con mi protector, pensando cómo aprendería al cabo de la vejez algun oficio en una tierra que no consentia inútiles ni vagos Periquillos.

CAPITULO IV

En el que nuestro Perico cuenta cómo se fingió conde en la isla: lo bien que lo pasó: lo que vió en ella, y las pláticas que hubo en la mesa con los extranjeros, que no son del todo despreciables.



S acordareis que apoyado desde mi primera juventud ó desde mi pubertad en el consentimiento de mi cándida madre, me resistí á aprender oficio, y aborreciendo todo trabajo, me entregué desde entónces á la holgazanería. Habreis advertido que esta fué causa de mi abatimiento: que por este contraje las más soeces amistades, cuyos ejemplos no sólo me prostituyeron á los vicios, sino que me hicieron pagar bien caro las libertades que me tomaba, viéndome á cada paso despreciado de mis parientes, abandonado aun de mis malos amigos, golpeado de los brutos y de los hombres, calumniado de ladrón, sin honor, sin dinero, sin estimacion, y arrastrando siempre una vida fatigosa y llena de miserias; y cuando reflexioneis en que á la edad de más de treinta años, despues de salir desnudo de un naufragio, y de haber tenido la suerte de un buen

acogimiento en la isla, me propusieron enseñarme algún arte con que no sólo pudiera subsistir sino llegar á hacerme rico, diereis: forzosamente nuestro padre aquí abrió los ojos, y conociendo así la primitiva causa de sus pasadas desgracias, como el único medio de evitar las que podía temer en lo futuro, abrazaría gustoso el partido de aprender á solicitar el pan por su arbitrio y sin la mayor dependencia de los demás.

Así discurriréis tal vez con arreglo á la razon, y así debía haber sido; mas no fué así. Yo tenia terrible aversion al trabajo en cualquiera clase que fuera: me gustaba siempre la vida ociosa y mantenerme á costa de los incautos y de los buenos, y si tal cual vez me medio sujetaba á alguna clase de trabajo, era ó acosado de la hambre, como cuando serví á Chanfaina, y fuí sacristan, ó lisongeado con una vida regalona en la que trabajaba muy poco y tenia esperanzas de medrar mucho, como cuando serví al boticario, al médico y al coronel.

Después de todo, por una casualidad no esperada me encontré una Jauja (1) con el difunto coronel: pero estas Jaujas no son para todos, ni se hallan todos los dias. Yo debía haberlo considerado en la isla, y debía haberme dedicado á hacerme útil á mí mismo y á los demás hombres, con quienes hubiera de vivir en cualquier parte; pero léjos de esto, huyendo del trabajo y valiéndome de mis trapacerías, le dije á Limahoton (cuando le ví resuelto á hacerme trabajar poniéndome á oficio) que yo no queria aprender á nada porque no trataba de permanecer mucho tiempo en su tierra, sino de regresar á la mia, en la que no tenia necesidad de trabajar, pues era conde.

(1) Ciudad imaginaria, que algunos dando crédito á viajeros embusteros, buscaron inútilmente en la América española, llevados de las magnificas descripciones y ponderados elogios que se hacían de sus riquezas, fertilidad y hermosura. Hoy sólo se usa su nombre como sinónimo de *Paraiso de delicias* para exagerar la abundancia de alguna ciudad ó pais donde la tierra sin necesidad de cultivo, produce espontáneamente todo lo necesario al hombre, que allí no tiene que trabajar para comer.—E.

¿Eres conde? preguntó el asiático muy admirado.—Sí, soy conde.—¿Y qué es conde?—Conde, dije yo, es un hombre noble y rico á quien ha dado este título el rey por sus servicios ó los de sus antepasados. ¿Con que en tu tierra, preguntó el chino, no es menester servir á los reyes personalmente, basta que lo hayan servido los ascendientes para verse honrados con liberalidad por los monarcas?

No dejó de atacarme la pregunta, y le dije: la generosidad de mis reyes no se contenta con premiar solamente á los que efectivamente les sirven, sino que extienden su favor á sus hijos; y así yo fuí hijo de un valiente general, á quien el rey hizo muchas mercedes, y por haber yo nacido hijo suyo, me hallé con dinero, hecho mayorazgo, y con proporción de haber sido conde, como lo soy por los méritos de mi padre.

Segun eso, tambien serás general, decia Limahoton. No soy general, le dije, pero soy conde. Yo no entiendo esto, decia el chino. ¿Con que tu padre batió castillos, rindió ciudades, derrotó ejércitos, en una palabra, afianzó la corona en la cabeza de sus señores, y acaso perderia la vida en una refriega de esas, y tú, sólo porque fuiste hijo de aquel valiente y leal caballero, te hallaste en estado de ser conde y rico de la noche á la mañana, sin haber probado los rigores de la campaña, y sin saber qué cosa son los afanes del gabinete? A la verdad en tu tierra deben ser los nobles más comunes que en la mia. Pero dime: estos nobles que nacen y no se hacen, ¿en qué se ejercitan en tu país? Supuesto que no sirven ni en la campaña ni en los bufetes de los príncipes: si no son útiles ni en la paz ni en la guerra, ni saben trabajar con la pluma ni con la espada, ¿qué hacen, dime? ¿En qué se entretienen? ¿En qué se ocupan? ¿Qué provecho saca de ellos el rey ó la república?

Qué han de hacer, dije yo imbuido en mis flojas ideas. Tratan de divertirse, de pasearse, y cuando más, trabajan en que no se menoscabe su caudal. Si vieras las casas de algunos condes y

nobles de mi tierra, si asistieran á sus mesas, si observaras su lujo, el número de sus criados, la magnificencia de sus personas, lo aparatoso de sus coches, lo grande de sus libreas, y lo costoso y delicado de su tren, te admirarias, te llenarias de asombro.

¡Oh poderoso Tien! dijo el chino: ¡cuánto más valia ser conde ó noble de tu tierra, que la tercera persona del rey en la mia. Yo soy un noble, es verdad, y en tu tierra seria un conde; pero ¿qué me ha costado adquirir este título y las rentas que gozo? Fatigas y riesgos en la guerra, y un sinnúmero de incomodidades en la paz. Yo soy un ayudante ó segundo del tután ó jefe principal de la provincia: tengo honores, tengo rentas; pero soy un fiel criado del rey y un esclavo de sus vasallos.

Sin contar con los servicios personales que he hecho para lograr este destino, ahora que lo poseo ¿cuántos son los desvelos y padecimientos que tolero para sostenerlo y no perder mi reputacion! Sin duda, amigo, yo apreciara más ser conde en tu tierra que loitia (1) en la mia. Pero despues de todo, ¿tú quieres volver á México tu patria? Sí señor, le dije, y apeteceria esa ocasion. Pues no te desconsueles, me dijo Limahoton: es fácil que consigas lo que quieres. En una ensenada nuestra está fondeada una embarcacion que llegó casi destruida de un naufragio que padeció en estos mares pocos dias ántes de tu desgracia. La tal embarcacion está acabándose de componer, y los pasajeros que vienen en ella permanecen en la ciudad esperando tambien que abonance el tiempo. Luego que ámbas cosas se verifiquen, que será de aquí á tres lunas, nos haremos á la vela, pues yo deseo ver más mundo que el de mi patria: mi hermano me aprueba mi deseo: soy rico y puedo cumplirlo: pero esto resérvalo para tí sólo.

Tengo dos amigos de los pasajeros que me aman mucho, segun dicen, y todos los dias vienen á comer conmigo. No te los he en-

(1) Un caballero.

señado porque te juzgaba un pobre plebeyo; pero pues eres rico y noble como ellos, desde hoy te sentaré á mi mesa.

Concluyó el chino su conversacion, y á la hora de comer me sacó á una gran sala, donde se debia servir la comida.

Habia varios personajes, y entre ellos distinguí dos europeos que fueron los que me dijo Limahoton. Luego que entré á la sala dijo éste: aquí está, señores, un conde de vuestras tierras, que arrojó el mar desnudo á estas playas, y desea volver á su patria.

Con mucho gusto llevaremos á su señoría, dijo uno de los extranjeros, que era español. Le manifesté mi gratitud, y nos sentamos á comer.

El otro extranjero era inglés, jóven muy alegre y tronera. Allí se platicaron muchas cosas acerca de mi naufragio. Despues el español me preguntó por mi patria, dije cual era, y comenzamos á enredar la conversacion sobre las cosas particulares del reino.

El chino estaba admirado y contento oyendo tantas cosas que le cogian de nuevo, y yo no estaba ménos, considerando que me estaba grangeando su voluntad; pero por poco echa á perder mi gusto la curiosidad del español, pues me preguntó: ¿y cuál es el título de vd. en México? porque yo á todos los conozco. Halléme bien embarazado con la pregunta, no sabiendo con qué nombre bautizar mi condazgo imaginario; pero acordándome de cuanto importa en tales lances no turbarse, le dije que me titulaba el conde de la Ruidera.

¡Haya caso! decia el español; pues apenas habrá tres años que faltó de México, y con motivo de haber sido rico y cónsul en aquella capital tuve muchas conexiones y conocí á todos los títulos; pero no me acuerdo del de vd. con ser tan ruidoso.

No es mucho, le dije, pues cabalmente hace un año que titulé. —¿Con que es título nuevo?—Sí señor.—¿Y qué motivo tuvo vd. para pretender un título tan extravagante?

El principal que tuve, contesté, fué considerar que un conde mete mucho ruido en la ciudad donde vive, á espensas de su dinero, y así me venia de molde la Ruidera del título. Se rió el español, y me dijo: es graciosa la ocurrencia; pero conforme á ella vd. tendrá mucho dinero para meter ese ruido, y á fé que no todos los condes del mundo pueden titular tan ruidosamente. Antes he oído decir

*Que en casa de los condes muchas veces
Más suele ser el ruido que las nueces.*

Pues señor, en la mia hasta la hora de ésta son más las nueces que el ruido, como espero en Dios lo verá vd. con sus ojos algun dia. Yo lo celebro, dijo el español, y variando la plática se concluyó aquel acto, se levantaron los manteles, se despidieron de mí con el mayor cariño y nos separamos.

A la noche fué un criado que me llevó de parte del comerciante español un baúl con ropa blanca y exterior, nueva y segun el corte que usamos. Lo entregó el criado con una esquelita que decia: *Sr. conde, sírvase V. S. usar esa ropa que le asentará mejor que los faldellines de estas tierras. Dispense lo malo del obsequio por lo pronto, y mande á su servidor.*—Ordoñez.

Recibí el baúl, contesté á lo grande en el mismo papel, y en esto se hizo hora de cenar y recoger nos.

Al dia siguiente amanecí vestido á la europea. En la mesa hubo que reir y criticar con el jóven inglés, que era algo tronera, como dije, hablaba un castellano de los diablos, y á más de eso tenia la imprudencia de alabar todo lo de su tierra con preferencia á las producciones del país en que estaba, y delante de Limahoton, el que se mosqueaba con estas comparaciones; pero en esta ocasion, murmurando el dicho inglés el pan que comia, no lo pudo sufrir el chino, y amostazándose más de lo que yo aguardaba de su génio, le dijo: Mr., dias hace que os honro con mi mesa, y dias hace que observo que os descomedís en mi presen-

cia abatiendo los efectos y aun los ingenios de mi patria; por elogiar los de la vuestra.

Yo no repruebo que nuestros países, usos, religion, gobierno y alimentos os parezcan extraños; eso es preciso, y lo mismo me sucederia en vuestro Lóndres. Mucho ménos repruebo que alabéis vuestras leyes y costumbres y las producciones de vuestra tierra. Justo es que cada uno ame con preferencia el país en que nació, y que congeniado con sus costumbres, climas y alimentos, los prefiera á los de todo el mundo; pero no es justo que esta alabanza sea apocando la tierra en que vivís y delante del que os sienta á su mesa.

Si se habla de religiones, vituperáis la mia y ensalzais la anglicana: si de leyes, me aturdis con las cámaras: si de poblacion, me contaís en vuestra capital un millon de hombres: si de templos, me repetís la descripeion de la catedral de San Pablo y la abadía de Westminster: si de paseos, siempre os oigo alabar el parque de San James y el Greene Pare.... En fin, ya me teneís la cabeza hecha un mapa de Lóndres.

Si como os cansais en alabar las cosas de vuestra tierra, despreciando ó abatiendo las de la mia, os contentárais con referir sencillamente lo que se os preguntara y viniera al caso, dejando que la alabanza y la comparacion la hicieran los oyentes, seguramente os hicierais bien quisto; pero hablar mal del pan de mi tierra y decir que es mejor el de la vuestra cuando éste y no aquel os alimenta, es una grosería que no me agrada, ni agrada- rá á ninguno que os escuche.

Antes á todos ostigará vuestra jactancia y os dirán que ¿quién os llamó á su tierra? y que si no os acomoda, ¿por qué no os mudais con viento en popa, como yo os lo digo desde luego.

Diciendo esto se levantó Limahoton sin acabar de comer, y sin despedirse de ninguno se retiró demasadamente enojado.

Todos nos quedamos avergonzados, y más que nadie el español, quien explicando bien al inglés todo cuanto habia dicho el